

## SOBRE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Por Juan Jacobo de Lara

Hace muchos, muchos años, cuando hacía mis estudios para el doctorado en la Universidad de Columbia, en Nueva York, mi catedrático de Literatura de Hispano América dedicó tres cátedras consecutivas a la figura literaria de Don Pedro Henríquez Ureña. Quedé altamente impresionado, y me dije: "Pero si está hablando de un compatriota mío" y en seguida me dediqué a estudiar a este Henríquez Ureña. Busqué sus libros y todo lo referente a él en las Bibliotecas de la Universidad; comencé a comprar todo lo que hubiera en las librerías y escribí a mi familia aquí en Santo Domingo al respecto. Mi hermana Dulce María, persona servicial y sumamente amable, se puso en actividad y comenzó a enviar todo lo obtenible de, sobre don Pedro y se puso en contacto con don Emilio Rodríguez Demorizi, nuestro ilustre historiador, y quien, como se sabe, fue depositario de los archivos y papeles de don Pedro.

La amabilidad y generosidad del Sr. Rodríguez Demorizi fue espontánea y abundante. Primero por vía de mi hermana, y luego directamente, me facilitó toda clase de papeles, cartas, manuscritos e información, de modo que mi colección de material de, y sobre, don Pedro, comenzó a alcanzar proporciones respetables.

En primer lugar, como tesis para el curso de Literatura Hispano Americana de que hablé al comenzar esta charla, escribí sobre "Pedro Henríquez Ureña." Ese fue el primer producto de mis estudios e investigaciones sobre el ilustre compatriota.

Voy a repetir a continuación parte de ese trabajo mío, precursor de todo lo que he escrito y editado luego sobre el tema de don Pedro.

"La contribución de Pedro Henríquez Ureña a la cultura y a las letras de nuestro mundo hispano es particularmente significativa en su importancia, más bien que en su volumen. Ensayista, crítico, filólogo, e historiador, llegó a ser una autoridad en cada una de dichas disciplinas, pero fue siempre su obra más meditada que escrita. Lo que publicó fue siempre el resultado de sus detenidas reflexiones o de sus meticulosas investigaciones y estudios."

A principios de 1901, cuando contaba diez y seis años, se graduó de Bachiller. Ya era reconocido entre la juventud de Santo Domingo por su superioridad intelectual, pero en ese momento se lo llevó su padre a Nueva York con sus hermanos. Comenzó entonces la vida y participación del joven Pedro en la vida artística e intelectual de la gran urbe.

Vivió en Nueva York unos cuatro años, durante los cuales escribió la mayor parte de sus poesías y muchas de sus crónicas teatrales, así como artículos y reseñas críticas de actualidad.

En 1906 se inició su primera estada en México, y de seguida formó parte activa del grupo literario modernista del día. Entonces comenzó su asociación y amistad con tantos mejicanos que más tarde llegaron también a destacarse en el mundo de las letras. Dentro de ese movimiento juvenil, como dijo luego su hermano Max, "Pedro era calificado cariñosamente como el Sócrates del grupo. La personalidad de Pedro se singularizaba por su temperamento de maestro. Conversar con él era aprender. Enseñaba, enseñaba siempre, con naturalidad y sin esfuerzo ni vano alarde de saber. En todo momento era, por excelencia, maestro."

Se inició entonces la gran amistad y admiración mutua entre Pedro y Alfonso Reyes, “el benjamín del grupo, que tanto en el verso como en la prosa hacía ya gala de las excepcionales dotes que lo han consagrado como maestro del pensamiento y artífice de la expresión.” De Pedro dijo Reyes, que

En calles y plazas, teatros y escuelas, conciertos y asambleas, y dondequiera que se congrega la gente, ya en sus escritos o en sus conferencias, ya en la reclusión de los libros, las lecturas en común o las meras charlas, allí estaba Pedro, con su interrogación implacable, para deslindar lo cierto de lo dudoso, y lo que se sabe, de lo que se sospecha o lo que se ignora; allí estaba él para aquilatar la sensibilidad, la probidad, la autenticidad de cada uno... Inmensamente generoso en sus curiosidades y en su ansia delirante de compartirlas... se le hojeaba como a viviente enciclopedia; se le consultaba como a consejero intachable en todos los trances del oficio. Se usaba y se abusaba de su incansable solicitud, y esto era su mayor júbilo.

Esas cualidades personales se manifiestan también en sus obras: modestia en sus pretensiones, exactitud en sus informaciones, amplitud en su tema, y lo que escribe y publica es ya un conjunto reducido a lo esencial, sin prosa erudita ni elegancia superflua o hueca. Sus últimas obras son de un estilo literario que no era posible usar hasta hace pocos años: frases concretas y sentencias completas. Escribe una prosa sólida, precisa, clara, y que no pasa de moda; escribe con su habitual modestia, pero dejando escapar, casi con rubor, la emoción

Esos años del joven Pedro en México (joven en años, pero maduro en intelecto, y de inteligencia cultivada) fueron sumamente fructíferos para Pedro, quien fue el alma del grupo de jóvenes con ansias de saber y de aprender, jóvenes con inquietudes literarias, artísticas e intelectuales. Fue ese grupo que

fundó primero la Sociedad de Conferencias, y luego el Ateneo de la Juventud.

En el grupo figuraban, junto a Pedro, su hermano Max, Alfonso Reyes, Antonio Caso, Jesús Acevedo, Julio Torri, y otros.

En 1905, en La Habana, publicó Pedro su primer libro, *Ensayos Críticos*.

En 1910, en México, editó su segundo libro, *Horas de Estudio*, impreso en París.

Con esos dos primeros libros y la multitud de ensayos y otros escritos suyos que continuamente aparecían en publicaciones de Santo Domingo, Cuba y Méjico, quedaba ya Pedro Henríquez Ureña consagrado como un prosista de primer orden.

Entre tanto, la Revolución comenzó en México y dominaba la atención de todos. Las vicisitudes políticas hacían salir a algunos de sus amigos al extranjero y habían casi paralizado toda vida cultura.

Durante el 1913, Pedro ayudó a reorganizar la Escuela de Altos Estudios, además de atender sus numerosas cátedras y demás obligaciones universitarias.

A comienzos de 1914 completó Pedro la carrera de abogado en la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la Universidad de México, profesión que, sin embargo, nunca ejerció. La tesis que presentó, para obtener el título, fue sobre *La Universidad*: una síntesis histórica de la institución y de sus funciones.

A poco, sin embargo, la situación política le obligó a salir de México, sin siquiera esperar a recibir su título de abogado.

Llegó a La Habana, donde fue muy bien recibido por la prensa y por sus amigos, y permaneció allí hasta fines de este mismo año, cuando siguió a Estados Unidos, primero a Washington y luego a New York.

De Nueva York pasó Pedro a Minneápolis a enseñar en el Departamento de Lenguas Romances de la Universidad de Minnesota.

Al iniciar Pedro sus cátedras, también se inscribió en la Escuela Graduada de la misma Universidad para obtener el grado de "Master of Arts." Se distinguió tanto como estudiante como se venía distinguiendo como catedrático. En 1917 presentó su tesis y se fue a pasar el verano en Madrid visitando a su fraternal amigo Alfonso Reyes, quien trabajaba allí en el Centro de Estudios Históricos.

En septiembre estaba de regreso en Minneápolis e iniciaba sus estudios hacia el doctorado, el cual obtuvo en 1918. Su tesis fue una elaborada ampliación del tema iniciado en sus tesis de Master, y que llevó por título "La Versificación Irregular en la Poesía Castellana".

Aun durante esos años universitarios en Minnesota, Henríquez Ureña escribió y publicó sus trabajos literarios, crónicas y reseñas. El ensayista crítico, sin embargo, cedía terreno al filólogo investigador. Todo el trabajo de investigación y el tema de sus dos tesis, y sus contactos directos con el grupo filológico del Centro de Estudios Históricos de Madrid, le habían conquistado hacia el terreno de la filología y de la investigación científica.

El Centro de Estudios Históricos publicó su disertación, con un prólogo de su Director, don Ramón Menéndez Pidal, trabajo que aún hoy es fundamental en su campo.

Aprovechó el año que pasó entonces en Madrid, como hacía en todas partes para estudiar, aprender, observar y aquilatar valores. Algunas de sus impresiones aparecieron en artículos, que luego recogió y publicó, en México, en forma de libro, en 1922, con el título *En la Orilla: Mi España*.

Su vejo amigo y compañero mexicano, José Vasconcelo, ocupaba la Secretaría de Educación en el gobierno de su país, y llamaba a Pedro para que fuera a colaborar con él en su formidable campaña contra el analfabetismo y su grandiosa obra en pro de la educación en México.

Al fin se decidió a atender al llamado de Vasconcelos y se fue a México, donde le esperaban viejos y buenos amigos, alumnos fieles, y allí iba a encontrar a su futura esposa. También iba a encontrar viejos y nuevos enemigos.

Como años antes, volvió Pedro Henríquez Ureña a ser una inspiradora influencia entre la juventud literaria y académica de Ciudad de México. Había surgido una nueva generación que él guiaba en seguida con su habitual don de maestro. El llegó con el entendido de ocupar un cargo al lado de Vasconcelos, pero otros cargos y muchas responsabilidades se le fueron adjudicando; fue catedrático de la Escuela Preparatoria de la Universidad Nacional de México, fue catedrático de la Escuela de Altos Estudios de la misma Universidad, fue Director fundador de la Escuela de Verano de dicha Universidad y de su Departamento de Intercambio Universitario.

En esta última capacidad llevó distinguidos profesores de afuera del país a enseñar en su Escuela de Verano. Atrajo muchos estudiantes extranjeros, introduciendo así, en la enseñanza superior, su propio sentido de universalidad. Allí estuvo el Profesor Federico de Onís, a quien don Pedro conocía, en Nueva York desde 1918. En el verano de 1922 invitó a su joven amigo chileno Arturo Torres Rioseco a enseñar allí. Torres Rioseco le había sustituido el año anterior en la Universidad de Minnesota. Era la primera vez que éste dictaba un curso de literatura hispanoamericana.

Cuenta Torres Rioseco que al llegar a México se vio mucho con Pedro y sus amigos mexicanos. Dice que allí escuchó "su palabra mesurada, serena, profunda y sabia. Charlas en su despacho de la vieja universidad, en los pasillos, en las salas de clase, visitas a su amable casa en un lejano barrio de México. Confiesa que la Universidad quedó, para él, semidesierta cuando "Pedro partió en viaje a la América del Sur en compañía de Vasconcelos, Antonio Caso, Julio Torri y otros intelectuales mexicanos."

Pedro Henríquez Ureña, a la edad de treinta y ocho años, había vivido casi toda su vida viajando, enseñando, escribiendo y buscando su propia orientación. Se encontraba nuevamente en México, pero haciendo ya todo lo posible por irse a la Argentina, siempre cambiando de ambiente con la esperanza de mejorar. Pero ahora entraba en su vida algo nuevo, estaba enamorado. Pedro estaba enamorado de la muy joven y muy

bella mexicana Isabel Lombardo Toledano, a quien él llevaba veinte años.

Pedro e Isabel contrajeron matrimonio en México el 23 de mayo de 1923. Pero casi en seguida, debido a los acontecimientos políticos de México, perdió Pedro sus cargos universitarios; quedó sin trabajo.

Nació su primogénita y le puso Natacha, como la heroína de Tolstoi, a quien don Pedro admiraba muchísimo. Y, al fin, se fueron para la Argentina. La suerte estaba echada.

Entonces comenzó la época argentina de Don Pedro, enseñando en La Plata y en Buenos Aires. Se instaló en La Plata y pronto llegó a ser un favorito de profesores y alumnos, pues se impuso por su saber y por su superioridad. En La Plata, como antes en México, se rodeó de un grupo de discípulos que lo apreciaron en todo su valer.

El Maestro seguía sembrando la semilla del saber por medio del estudio, y encontró allí también jóvenes ansiosos de aprender. También como escritor encontró don Pedro un ambiente estimulante. Comenzó para él la etapa de su madurez, de su plenitud. En la Argentina viviría el resto de su vida y produciría lo más acabado, lo más valioso de su obra como escritor y como maestro.

Durante esos primeros años argentinos escribió don Pedro sus más importantes ensayos, desarrolló sus más interesantes temas, lo mejor de su obra de pensador y americanista. Fueron los años que vivió en La Plata pues no estaba tan agobiado de cargos y obligaciones académicas y editoriales como estuvo más tarde cuando se trasladó a Buenos Aires.

Una característica sobresaliente de don Pedro era su inteligencia que, por lo superior y genuina, se escondía detrás de su habitual modestia. Su superioridad se descubría con el trato, con el acercamiento, y entonces se descubría su obra característica sobresaliente, una bondad inagotable.

Aunque don Pedro dictó cátedras en las Universidades de La Plata y Buenos Aires, no llegó a ser titular ni en una ni en otra a pesar de su indiscutible superioridad y de corresponderle

la designación: La razón dada para justificar esa omisión fue que él no era ciudadano argentino. Pedro Henríquez Ureña nunca cambió su ciudadanía, murió dominicano. El americanismo y el universalismo tan profundos por los que él abogaba no empeñaron el entrañable amor que sintió siempre por su país natal. Se le llama ciudadano de América, y América fue su gran preocupación, aunque siempre llevó en el corazón la patria que le vio nacer. Sus numerosos trabajos sobre Santo Domingo, que se extienden a todo lo largo de su carrera, así lo atestiguan.

En 1931 hacía treinta años que Pedro Henríquez Ureña había salido de su patria. Como la situación política y universitaria le parecía en ese momento peligrosa en la Argentina, escribió a su hermano Max que era Superintendente General de Enseñanza en Santo Domingo, para ver si le era posible trasladarse allí con alguna buena perspectiva.

Muy pronto don Pedro fue invitado por el gobierno dominicano a ir a ocupar la Superintendencia de Enseñanza y su hermano Max fue nombrado Secretario de Estado. Luego Max ocupó varias posiciones diplomáticas fuera del país. Francisco Henríquez y Carvajal, su padre, también fue llamado por el gobierno dominicano a ocupar cargos diplomáticos. Todos los Henríquez Ureña se ilusionaron con la oportunidad de servir a su patria y acudieron al llamamiento. Don Pedro aceptó y decidió mudarse a Santo Domingo con su familia, pero sin renunciar a sus cargos argentinos. Pidió licencias por un año, como medida de precaución.

Pedro Henríquez Ureña llegó a Santo Domingo el 15 de diciembre de 1931. El recibimiento que le hicieron en su ciudad natal, después de tantos años de ausencia, revistió carácter apoteósico. El gobierno dominicano le nombró Superintendente General de Enseñanza, desde antes de su llegada, de modo que se le hizo un recibimiento oficial. "Fue recibido en el muelle por las autoridades escolares, por los planteles de enseñanza y por una enorme multitud, en la cual figuraban prominentes ciudadanos." Hubo discursos de bienvenida, marcharon hasta la Universidad y allí habló don Pedro, con emoción, agradeciendo tal recibimiento. Se alojó, con su esposa e hijas, en el hogar de



su hermano Max, entonces Secretario de Estado de Relaciones Exteriores, mientras encontraba una casa apropiada en la cual instalarse.

Muy pronto comprendió que ese cambio había sido un grave error y que no podría radicarse definitivamente en su país. Pero para regresar a la Argentina tendría que reunir los fondos necesarios.. Esperó todo el 1932 y la primera mitad del 1933.

En el año 1933 el padre de don Pedro, Francisco Henríquez y Carvajal, era el Ministro Plenipotenciario de la República Dominicana en París. Ya don Pedro estaba en condiciones de costearse el regreso a la Argentina, pero tenía que hacerlo con cautela para evitar conflictos con el gobierno dominicano. Envío a su esposa, doña Isabel, y a sus hijitas, Natacha y Sonia, aparentemente a visitar a su padre en la Legación Dominicana de París. Poco después pidió él licencia de su cargo para ir a buscarlas. La licencia le fue concedida y él salió el 29 de junio de 1933 en el vapor Macorís, desde Puerto Plata, el mismo día que cumplía cuarenta y nueve años de edad. Después de año y medio en su país, dejó Pedro Henríquez Ureña las tierras dominicanas por última vez.

Volvió don Pedro a instalarse en Buenos Aires y a asumir sus innumerables actividades académicas y editoriales.

En 1940 la Universidad de Harvard invitó a don Pedro a ocupar durante ese año lectivo, la cátedra Charles Eliot Norton. Cada año se invita alguna autoridad de fama mundial, y dicha invitación conlleva prestigio y distinción.

Don Pedro escogió como tema para sus conferencias las corrientes literarias y culturales seguidas en Hispanoamérica en la búsqueda de nuestra genuina expresión. El resultado fue su obra, con las ocho conferencias, publicada en inglés, en 1945, por la misma Universidad de Harvard, y más tarde traducida al español bajo el título de *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica*.

Esos meses, casi un año, en Harvard, fueron su última visita a los Estados Unidos. Hacia cuarenta años de su primera llegada a Nueva York, mero adolescente, en 1901. Volvió a la Argentina con nuevos laureles, ganados en su dedicado magisterio.

Pedro Henríquez Ureña murió el 12 de mayo de 1946, pero tres días antes había terminado su última obra, la culminación de sus investigaciones y estudios, la cristalización de más caro objetivo, la coronación de su obra escrita, su *Historia de la Cultura en la América Hispánica*. Con suma brevedad y claridad y competencia traza Henríquez Ureña en esta obra póstuma el desarrollo de nuestra cultura dentro de la tradición hispánica, y al concluir con el momento presente comprendemos que en esta última obra nos legó Pedro "Nuestra expresión" como unidad cultural hispanoamericana.

La muerte de Pedro Henríquez Ureña fue una irreparable pérdida para el mundo hispánico de las letras. Siempre fiel dominicano, había dispuesto que sus restos fueran enviados a Santo Domingo a reposar junto a la tumba de su madre en la iglesia de las Mercedes. Ese último deseo suyo se cumplió el año pasado, a los treinta y cinco años de su muerte, cuando se trajeron sus restos y se le dieron sepultura de acuerdo con sus instrucciones y deseos.

Ya dijimos que la poesía fue obra de sus años juveniles solamente. Al llegar a su relativa madurez, escribió y publicó prosa. El ensayo fue el medio de expresión literaria en que don Pedro presentó sus temas críticos, temas literarios y temas históricos. Muchos de sus libros fueron colecciones de ensayos..

En 1924, con su traslado a la Argentina, comenzó para don Pedro, la etapa de su plena madurez como escritor, la etapa de su plenitud. El ensayista crítico de la juventud cedía el paso al ensayista puramente literario, al historiador de la cultura, al orientador de la juventud de Hispanoamérica.

A Pedro Henríquez Ureña se le denominó "un ensayista crítico," pero el crítico siempre predominó en él, un crítico en el verdadero sentido de la palabra.

Su crítica fue como la define el Diccionario de la Real Academia Española: "Arte de juzgar de la bondad, verdad y belleza de las cosas; cualquier juicio formado sobre una obra de literatura o arte; conjunto de opiniones expuestas sobre cualquier asunto."

Don Pedro estudió a fondo no solamente las literaturas de España e Hispanoamérica, sino que también estudió literaturas extranjeras: es decir, de los Estados Unidos, de Inglaterra y de Europa. Todo eso fue parte de su universalidad: es decir, conocer todas las literaturas y todas las culturas.

Pedro Henríquez Ureña fue un humanista, tal vez el más completo de nuestros humanistas. También fue un dedicado americanista: dedicado a orientar la juventud, a definir y fijar en esa juventud intelectual el ideal de Hispanoamérica.

Como ensayista y como americanista Pedro Henríquez Ureña se dedicó no solamente a definir el ideal de nuestra América, sino a buscar su identidad, su propia expresión.

Sus viajes y su vasta cultura contribuyeron grandemente a su universalidad. Su gran patriotismo rebasó, desde muy temprano, las fronteras de su patria, y se identificó con su magna patria americana. Su mayor preocupación fue el tema fundamental del espíritu de nuestra América. Dedicó lo más de su tiempo a un genuino apostolado de americanismo. El tema americano es el que sobresale en su obra.

Sus dos últimos libros así lo atestiguan: *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica*, resultado de sus conferencias en Harvard; y su *Historia de la Cultura Hispanoamericana*, que es, en realidad, una síntesis de las ideas, estudios e investigaciones de don Pedro a lo largo de toda su vida como un apóstol de Hispanoamérica.

Aun su americanismo, sin embargo, no fue la base de su don único; su creatividad se manifestaba de una manera más sutil. La impresión que uno recibe hablando con aquellos que le conocieron personalmente es la de su extraordinaria vitalidad mental y la de su franqueza al confrontarse con alguien. Tanto de su intelectualidad actual está tan alejada de la vida activa, y las ideas tienden a existir en el limbo sin relación a lo concreto. De tal cosa no se pudo nunca culpar a Henríquez Ureña. Su vida entera fue una lucha prolongada a fin de hacer más reales y de actualidad lo intangible y abstracto que, generalmente, permanece quietamente dormido en el reino de lo ideal.

Y para terminar, quiero repetir el párrafo final de mi libro "Pedro Henríquez Ureña, su Vida y su Obra."

Tal vez una de las más convincentes indicaciones en Pedro Henríquez Ureña es al extremo que han persistido y florecido los principios y objetivos que él valorizó y acentuó. Su excelencia fue de un tipo quieto y penetrante; ni sorprendía ni deslumbraba, pero gradualmente, con el tiempo, transformó y sigue transformando el modo de pensar de Hispanoamérica. Tan frecuentemente, en una carrera pública se avanza dentro de un área determinada sin tocar o entrar en otras disciplinas, pero con Pedro Henríquez Ureña su desarrollo fue constante y en todas direcciones; y le llevó a una visión integrada, orgánica de lo que somos y de lo que podemos llegar a ser. El nos confrontó con nosotros mismos; nada es más valioso.